

**EL OJO CRÍTICO****José Manuel Casado**

Socio de Talent & Organization Performance

Competitividad de pacotilla

A todos nos gusta vivir lo mejor posible y eso, aparte de bueno, es muy sano porque moviliza nuestras ganas de hacer bien las cosas y ser más competitivos. Es precisamente esa búsqueda individual y ordenada del bienestar personal uno de los elementos fundamentales para que la sociedad sea un lugar mejor para vivir. La riqueza de nuestro mundo y el progreso de la humanidad dependen de tres ejes básicos: la competitividad del individuo procurando alcanzar su bienestar; de las empresas intentando conseguir la mayor rentabilidad y el beneficio; y de los países persiguiendo la prosperidad.

Hoy esa prosperidad tiene que lograrse en un escenario competitivo diferente, ya que hasta el poder económico se dispersa entre las economías tradicionales y las emergentes, y la batalla por los recursos se manifiesta como uno de los elementos determinantes para la competitividad de los países. Asistimos a un vertiginoso crecimiento de la demanda de energía y otras materias primas impulsada por las economías emergentes. China y la India son las principales responsables de asegurar recursos en África, pero la seguridad del suministro de energía constituye un desafío para Europa y Estados Unidos, lo que está provocando un fortalecimiento de la influencia geopolítica en las economías ricas en recursos como Rusia y Venezuela. Fijémonos en los últimos acontecimientos de la guerra del gas en la que más de 18 países han padecido las consecuencias nefastas de los antojos rusos, exceptuando Francia, cuyo modelo energético se sustenta en que casi el 80 por ciento de su energía proviene de las centrales nucleares.

Son muchos los países de nuestro entorno que quieren fortalecer su poder energético a través de sus políticas nucleares. Mientras tanto, España quiere vivir bien y disponer de energía, pero sigue aletargada en una concepción trasnochada y fijada como psicopatología ideológica más típica de la década de 1960 que de los años que acogen a un nuevo milenio. Parece evidente que la energía nuclear tiene que cambiar su imagen, porque desde que en 1945 Estados Unidos lanzara la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, la humanidad sólo parece ver los efectos negativos que un mal uso de esta energía y una falta de seguridad podrían acarreamos.

Nuestra competitividad exige garantizar la seguridad del suministro energético, luchar contra el cambio climático evitando emisiones contaminantes y que los vaivenes del precio del crudo no sean tan determinantes para la salud económica de nuestro país. Y eso pasa por disponer de un modelo energético mixto en el que la energía nuclear ocupe un papel más importante. Además, en las actuales circunstancias, el sector nuclear aportaría una inversión en tecnología y conocimiento especializado y de alto valor, dos asignaturas pendientes para el desarrollo y prosperidad de nuestro país. Haríamos más ingenieros y crearíamos industria auxiliar de tecnología. Ganaríamos en recursos, competitividad, capital humano y tecnología. De no ser así, sólo conseguiremos vivir en un sofisma espurio plagado de tartufos a los que nos gusta vivir con comodidad pero sin aceptar responsabilidades. Eso es competitividad con minúsculas o, si lo prefiere, competitividad de pacotilla.